

YONTA

7 17

ΑΤΙΟΥ

# YONTA

## INTRODUCCION

LA presente narración, que ofrezco a la benevolencia del público, tiene un íntimo enlace con la de "Zulai": es su prólogo y complemento, el cual me fué inspirado al par que la trama y los pormenores de aquella leyenda y de idéntica manera, sobre lo que sería ocioso, por sabido, volver nuevamente.

Parece desacertado el que un prólogo no sea el heraldo, el antecedente obligado de la obra a que se refiere; pero en este caso ha debido ser así, en atención a consideraciones de orden excepcional.

La bondadosa acogida que se le otorgara a "Zulai", es promesa de la que debo esperar en favor de "Yontá", y aliciente que me alienta a publicarla, en la inteligencia de que si en ella hubiese algún valor, no me lo atribuyo, siendo, como soy, trasmisora entusiasta, tan sólo, de una corriente singular de pensamiento.



## CAPITULO I

**E**N el fondo del Océano dormía ya el Continente. Los Atalanes, habitantes de las Américas, después de espantosas conmociones entraron en una era aparente de estabilidad y bonanza; se apaciguó la terrible actividad de los volcanes, y el iracundo mar, cuyas turbulentas olas barrían las tierras arrasando poblaciones, tornó tranquilo a su lecho. El superviviente de los valles, viendo deslizarse los años en calma, confió en los elementos al escuchar el prolongado preludio de armonía establecido entre ellos y la naturaleza, elevó himnos a sus dioses, y bajó tierra adentro para repoblar las costas, seguro ya de su existencia.

Lanzó su red a la mar y la sacó repleta. El sol, siempre benéfico, le colmó de sus dones, los cereales, las raíces y los frutos, y evaporando las charcas de las aguas de mar en los playones, le ofreció para condimento grato los residuos abundantes de blanca sal, enemiga de la corrupción. Eran de ver, en el verano caluroso, cómo brillaban las apretadas mazorcas al ser mecidas sus cañas por la brisa, en tanto que el confiado

labriego seesteaba bajo la sombra apacible y juguetera de las acacias, los espabeles seculares, los ceibos y las ondulantes y perfumadas palmeras en flor, vergel en donde construyó luego rústica morada y formó su familia primitiva.

El recuerdo de la civilización magna de sus antepasados, apenas se reflejó vagamente en la memoria del indígena americano, que tuvo la intuición de imprimir a sus hábitos, leyes y culto, cierto sello que recordaba la valiosa herencia que, si no pudo ser bien interpretada por la tribu que renacía, fué debido a la inhabilidad de ella misma, cuya actual energía en nada se comparaba con la elevada potencialidad que caracterizó a sus progenitores.

Escogió con preferencia la costa occidental del Continente para asiento de sus tribus, por lo favorable del clima, lo fértil del terreno y, sobre todo, por lo tranquilo del Pacífico, mar que baña sus playas. Diseminó sus poblaciones a lo largo de ellas, y empezó la reconstrucción de la perdida raza.

.....

Detiéndose nuestra vista ante una península de las inmediaciones de la América Central, que responde al nombre de Quitambó. Sus habitantes, de color bronceado claro, hablan armoniosa lengua, denotan inteligencia, y, por las telas con que visten, los adornos que usan, se adivina en ellos un pueblo viril e industrial. Obedecen a un jefe que tiene poder supremo, pero además



veneran a sus agoreros, temen a los genios del mal que atraen la peste, las tempestades, etc., creen en dioses benéficos, y rinden culto al sol, en cuyo honor levantan un templo en cualquier parte en donde edifican sus poblados... Son valientes y hermosos, pero tienen un celo tan grande por sus mujeres, que han inventado un terrible secreto para envenenar las flechas con que acometen a cualquier extraño que pretenda posesionarse de una de ellas.

Apartado del rancherío de Quitambó, vive un anciano agorero encargado de presagiar las dichas y desgracias del pueblo. Su choza está enclavada en un alto peñón, y allí pasa su vida tranquilo, en continua meditación y abstinencia, alegrando su soledad una niña bella y pura, Gaulta, en cuyos ojos se refleja la transparencia de su alma, hija legítima de la virtud de su anciano padre.

Pasan los años... y a pesar del aislamiento de la hermosa india, sus gracias no permanecen ocultas, antes bien, cautivan profundamente a un pescador de Quitambó, famoso por su arrojo, nobleza e independencia, llamado Nahuakira, quien hace petición de la mano de Gaulta, al agorero.

Con pena recibe tal nueva el anciano. No quería que su niña fuera a vivir a la costa, tierra baja donde se desencadenan tantas tempestades...<sup>8</sup> y además, tenía un secreto motivo para esperar en la llegada de otro esposo para ella.

Cuando meditaba y guardaba abstinencia, ciertas visiones extraordinarias le dejaban asombrado, y últimamente, con realidad admirable, vió una piragua acercarse a la playa, y saltar de ella a un extranjero hermoso que venía a ser el leal compañero de su hija... Mucho meditó...; pero después de consultar la voluntad de los dioses, sancionó y bendijo el amor de los jóvenes, mas con la expresa condición de que nunca se alejarían del resguardado peñón.

El libre Nahuakira cayó en los lazos del cariño y entró rendido al hogar del ágorero, vi- viendo dichoso al lado de Gautla.

De cuando en cuando bajaban los tres a la playa, para luego entrar al mar a llenar sus redes, y volvían por la tarde con suficiente pescado para muchos días.

En el transcurso de los meses, la península fue azotada por la peste; mas al peñón no llegó el contagio, no interrumpiendo aquella paz tradicional ningún cambio fatal.

Al cabo de un año aconteció que una mañana Gautla no pudo bajar a la pesca; apenas se conformó con mirar alejarse, desde lo alto de su choza, a su padre y a su esposo, para verlos descender y luego perderse de vista en la amarillenta playa...

Unas horas después el sol bondadoso dió luz y calor a un nuevo ser:

Una niña robusta y sana, fruto de sus amores, recibió aquella noche, con sus tiernos lloros,



la vuelta al hogar del pescador Ivanuakira; y el abuelo, en extraña ceremonia, purificó a la madre y a la niña para que penetraran sin recelo al seno de la familia.

Nuevos afectos y alegrías llenaron de dicha el hogar, donde la presencia de la pequeñita vino a colmar la ambición de sus jóvenes padres, para quienes se deslizaron tranquilas las semanas, siendo su único afán la pesca, la conquista del bienestar y el alimento cotidiano.

Una madrugada salieron el anciano agorero y su yerno, dejando a Gautla y la pequeña en casa.

Iban a echar las redes. Al principio remaron en un mar tranquilo; pero conforme se alejaban de la costa, la brisa del Norte soplabá más y más reciamente sobre las ondas, levantándolas en penachos aquí y allá, hasta desencadenarlas furiosas contra la piragua que crujió temblorosa.

Entretanto, sin sosiego, iba y venía la joven madre dentro de su choza, fija la mente en el mar, oyendo el lejano retumbar del trueno, y el estallido de la tormenta en medio de una lluvia torrencial. Esta batalla de los elementos duró todo el día, y al llegar la noche aun continuaba, sin que ni un lucero en lo alto, ni un cocuyo en el bosque derramara su luz. Sólo acá y allá centelleaban medrosos los hachones de resina, con que los atemorizados habitantes de Quitambó alumbraban el camino, por donde huían abando-



nando las habitaciones de la playa, para ir a refugiarse tierra adentro, al pie del peñón.

Desvelada pasó las horas Gautla, asida a su niña, creyendo oír el grito acostumbrado que dar solía su amado al regresar a casa... Pero cuando se convenció de que era sólo el gemido del viento, que redoblabla su furor trocándose en recio huracán, cruel angustia embargó su alma, perdiendo ya toda esperanza. Al clarear el alba salió de su habitación y se apostó en la puerta, desde donde; con vista avara, abarcó de un solo golpe el panorama.

De pronto... contempló imponente espectáculo: una ola inmensa se agrandó cual montaña majestuosa, pareciendo que su fondo lo agitara un monstruo, y el mar, persiguiendo esa encrespada ola, precipitó furioso su torrente contra la tierra, cubriendo la playa, invadiendo el poblado y arrancando sus chozas, con la rabia de una horda de foragidos sobre su inocente presa. Todo lo inundó, hasta golpear frenético contra las murallas del inexpugnable peñón, salpicando con borbotones de blanca espuma la rústica morada de la atónita espectadora que, casi demente, se vió de pronto rodeada de agua.

¡Oh desolación y tristeza! ¿Dónde estaba el rancherío? ¿Dónde su amado? ¿Qué se había hecho el vasto panorama de la costa con sus ensenadas, sus playas y más arriba sus sembrados?

Aquella mañana, pocos momentos antes, el peñón se elevaba como siempre a muchos cientos

de brazadas sobre el nivel del mar y... ahora era el límite de ese turbulento y plomizo elemento que todo lo había devorado...

Pensó en su hogar, deshecho para siempre por la desaparición de su padre y de su amado, y en la soledad inmensa en que quedarían ella y su hija, y un estremecimiento espantoso conmovió su ser, quedando como inmóvil por varias horas. La niña se cansó de llorar, pues ella no la escuchó; el mar comenzó a bajar con ruido ensordecedor, pero ella tampoco escuchó. Solamente cuando la brisa fresca de la tarde bajó con rapidez la temperatura, pareció volver en sí. Vió el mar que se alejaba atraído por una fuerza potente de succión, que desde allá, donde antes era playa, lo absorbía velozmente, hasta dejar desnudas unas ruinas cubiertas de troncos de árboles y despojos humanos... Volvió su espalda a tan siniestra escena, y tomando de su choza algo de alimento y un trozo de yaat, huyó con su hija cargada a la espalda, por detrás de su choza. Caminaba de prisa, mirando temerosa hacia atrás de vez en cuando, para cerciorarse de que nadie la seguía. Se internó por una vereda que conducía en pendiente hacia la playa. Cuando se halló de nuevo frente al mar ya tranquilo, una sensación de alivio apaciguó su ánimo, y comenzó a reflexionar sobre su difícil situación. Tras breve descanso emprendió la marcha por la playa, con la esperanza de llegar a un poblado vecino, famoso por la hospitalidad de sus habitantes, llamado Yuk-Bugur.



Tres días con sus noches llevaba ya la desgraciada india de caminar, cuando se sintió tan agotada y enferma que temió no poder seguir adelante. Las fuerzas le faltaban; se agachaba a beber agua de cuanto arroyo pasaba, y creyendo encontrar descanso mascaba yaat, sin resultado. ¿Llegaré?—se preguntaba—¡Oh genios benéficos, dadme fuerza para que mi niña no perezca abandonada!

Y la avidez de encontrar auxilio para su hija la hizo arrastrar sus pies aún, hasta que su alma abatida se consoló al ver a lo lejos, como puntos negros, las chozas de Yuk-Bugur... Pero la suerte le fué adversa y no pudo llegar hasta allá... Cuando el sol se ocultaba aquella tarde tras un mar nacarado, tiñendo el paisaje, la india se sintió tambalear desvanecida sobre la arena, hacia la cual se dejó ir de cara, obedeciendo al maternal impulso de no lastimar a su hijita al caer de espaldas...; sepultó el rostro en el húmedo suelo, y tras corta agonía, oyendo los gorjeos de su tierna hija, confundidos con el alegre piar de las gaviotas, expiró.

.....

El poblado de Yuk-Bugur tiene ese alegre aspecto propio de todo paraje cubierto por cielo azul, regado de agua serena y adornado con el verdor de los bosques. Estero profundo, bordeado de selva, baña sus costas al Este; una ría pintoresca que forma el caudaloso Daylo al desembocar al mar, humedece sus chozas al Sur; y al Oeste,

eternamente acaricia el Pacífico sus playas. Sus habitantes, de índole parecida a los de Quitambó, tienen sus mismos hábitos y culto.

Aquella tarde, aprovechando el buen tiempo, un grupo de pescadores salió a la playa para echar las redes. A la noche una india pobre, llamada Jarib, volvió a su choza rebosando alegría, y con algo más que un cesto de pescado. Cuando trabajaba en la playa oyó el llanto de un niño, buscó el sitio de donde provenía, y halló a la pequeñita sobre el cuerpo ya frío de su madre. La recogió con amorosa ternura llevándola consigo, y en sus ancianas manos colocó el destino a la hija de la desgraciada Gautla, a quien llamó Yontá, cuidó con esmero e hizo partícipe de su humilde hogar.



## CAPITULO II

CATORCE años han pasado desde aquella tarde inmemorial!

Con instinto verdaderamente materno, atendió Jarib a la abandonada chiquilla, mimándola quizás demasiado. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer una pobre desheredada de la suerte, que llegó a edad madura sin halagos ni cariños? Aco-  
gió a Yontá con ternura indecible, y en ella puso toda la esperanza de su vida.

Su espalda, antes doblegada por los años, pareció erguirse, y el efluvio de sana juventud que emanaba de la niña, neutralizó las viejas dolencias de su cuerpo achacoso y enfermo.

Desde muy temprano, Yontá dió pruebas de inteligencia e independencia poco comunes, miró a Jarib con cariño llamándola abuela, y dejó oír su voccecita de mando desde la mañana hasta la noche, sin que la anciana protestara, consintiendo que creciera como las plantas selváticas, a impulsos de su propia fuerza, y absorbiendo la influencia del medio ambiente: mar, sol y aire. Su carácter impulsivo no reconoció otra voluntad que

la de su infantil conciencia, ni otro guía que la naturaleza.

Siguiendo la costumbre de su tribu, cuando la chiquilla tuvo unos seis años, le señaló su abuela el lugar junto a la lumbre, para que cuidara del fuego, y se extrañó al ver que no cumplía ni ese pequeño deber, sin fijarse en que no podía Yontá ejecutar lo que jamás se le había enseñado: la obediencia. Más tarde se creyó tan libre, que desaparecía del hogar, volviendo al caer la noche, ya cargada de mariscos, ya con una nidada de huevos de tortuga, o, las más de las veces, con las manos vacías, pero llena su cabecita de extraordinarias fantasías: aseguraba que el mar, allá en lejanas playas, la llamaba con voz dulcísima, susurrándole estas palabras, cuando ella se arrojaba sobre la arena, a aspirar el aroma delicioso de las olas al desbaratarse en espuma a sus pies: "Ven, Yontá; queremos abrazarte y atraerte a nuestro fondo, donde hay un tesoro para ti". Y ella se quedaba quietecita, hasta sentirse arrancada por el mar, y flotando en sus ondas con alegría apacible, ilusionándola ese tesoro...; pero dudaba muchas veces si aquella voz era sólo un engaño de las ondas, para hacerla caer en las garras de un monstruo marino, pues varias veces salió nadando presurosa a la orilla, huyendo de una negra aleta que sobresalía del agua!

La viejecita se estremecía al oír estos relatos y echaba mano a las supersticiones de su pueblo,



la de su infantil conciencia, ni otro guía que la naturaleza.

Siguiendo la costumbre de su tribu, cuando la chiquilla tuvo unos seis años, le señaló su abuela el lugar junto a la lumbre, para que cuidara del fuego, y se extrañó al ver que no cumplía ni ese pequeño deber, sin fijarse en que no podía Yontá ejecutar lo que jamás se le había enseñado: la obediencia. Más tarde se creyó tan libre, que desaparecía del hogar, volviendo al caer la noche, ya cargada de mariscos, ya con una nidada de huevos de tortuga, o, las más de las veces, con las manos vacías, pero llena su cabecita de extraordinarias fantasías: aseguraba que el mar, allá en lejanas playas, la llamaba con voz dulcísima, susurrándole estas palabras, cuando ella se arrojaba sobre la arena, a aspirar el aroma delicioso de las olas al desbaratarse en espuma a sus pies: "Ven, Yontá; queremos abrazarte y atraerte a nuestro fondo, donde hay un tesoro para ti". Y ella se quedaba quietecita, hasta sentirse arrancada por el mar, y flotando en sus ondas con alegría apacible, ilusionándola ese tesoro...; pero dudaba muchas veces si aquella voz era sólo un engaño de las ondas, para hacerla caer en las garras de un monstruo marino, pues varias veces salió nadando presurosa a la orilla, huyendo de una negra aleta que sobresalía del agua!

La viejecita se estremecía al oír estos relatos y echaba mano a las supersticiones de su pueblo,

amenazándola con mil daños que le causarían los malos genios, si persistía en tan peligrosas aventuras...; pero tenía que capitular al fin, resignada ante las incrédulas risas de desafío de la atrevida indiecita, que a nada ni a nadie parecía tener miedo. Y no le quedaba ni el recurso de esperar apoyo del único amigo de Yontá, el tío Tauma, pues este raro personaje, entrado en años, valiente y experto, perdía toda su severidad ante nuestra salvaje tiranuela, a quien tenía gran cariño y dejaba hacer su santa voluntad, ayudando a formarle ese carácter independiente y decidor. La chiquilla sufría cuando éste, su amigo, se alejaba de Yuk-Bugur (cosa que hacía a menudo, sin que nadie supiera a dónde iba) pues ella no se mezclaba con las demás gentes, permaneciendo muy aislada. Desde que tuvo edad suficiente le enseñó a remar, llevándola a traer agua fresca río arriba, ocupación exclusiva de Tauma desde época inmemorial. Para Yontá esta tarea tenía un atractivo y encanto tal, que siempre se esmeró en cumplir, llegando a serle muy útil al anciano.

¡Cuántas veces, antes de salir el sol, si el río estaba de vaciante, emprendían viaje Yontá y Tauma, en ligera canoa, remando con fuerza contra corriente; y cuando se internaban muchas millas arriba, hacían virar su barca, tomando por los sombríos canales de agua fresca, hasta dar con el nacimiento de la fuente! Allí saltaban a tierra, colocaban una caña rasgada en el brote del agua, y sacando del fondo de la embarcación las tinajas,



las acercaban a llenarse una a una, escuchando abstraídos ese ruido melodioso que va en escalas, siendo más y más agudo, hasta perderse la cadencia en el desborde del líquido por el gollete de la vasija de barro. Cubrían luego el precioso contenido, y se sentaban a la sombra de los árboles a tomar su sencillo alimento. Si la niña había sido diligente, Tauma le narraba alguna leyenda, y así pasaban ligeras las horas, hasta que, consultados el sol y la marea, regresaban al poblado con agua fresquita y corazón contento.

Transcurrieron así los años... Yontá, de chiquilla, se transformó en hermosa mujer, sin que su existencia en nada hubiese cambiado.

Vagaba solitaria por playas, montes y ríos, sin ningún compañero, no como la mayor parte de las indias del rancherío que, orgullosas de sus conquistas, se dejaban cortejar de los mozos apuestos que luego las tomaban por esposas. Por eso Jarib vivía contenta al verla sin pesares, cuidados y amoríos. Pero así como al delicado capullo le es preciso el rayo del sol para esparcir su aroma, una sencilla observación de la naturaleza hizo brotar en Yontá, vigoroso, el tierno sentimiento del amor.

Era la época de la cosecha, y según las costumbres de aquel pueblo, todos se prestaban auxilio para recolectar el grano, repasando alegremente los campos en constante labor. Llegó su turno a la milpa de Jarib, y a ella se dirigió una mañana Yontá con un grupo de compañeras,

para dar comienzo al trabajo. Pero muy pronto se fastidió de someterse por largo rato a disciplina alguna, tiró su rústico cesto, lleno de mazorcas, y sin preocuparse del deber que dejaba de cumplir, escapó entre el dorado maíz que crujía a su paso, siguiendo decidida hasta llegar al límite del sembrado, que colindaba con el bosque, en donde descansó bajo su fresca sombra.

Meditando estaba sobre un nuevo plan de excursión, cuando llamó su atención una nube de tórtolas que revoloteaban atraídas por el apetitoso grano, y acertaron a llegar muy cerca de su escondite: las contempló encantada, y pronto los nerviosos movimientos de las avecillas, su lindo plumaje y suave gorjeo despertaron en la entusiasta Yontá el vehemente deseo de posesionarse de unas cuantas, para lo cual puso en práctica, con presteza, las lecciones que le diera Tauma, sobre principios rudimentarios de construcción. Fabricó con habilidad una rústica trampa, la colocó luego, y aguardó impaciente que se cerrara dando un seco golpe. Emocionada atrapó, una a una, tres moradas y lindas tortolillas, y las fué guardando en el seno, oculto apenas por una corta camisa de burda tela. Volvió con ellas al campo, loca de alegría, donde horas atrás dejara a sus compañeras, sin pensar en regaños ni quejas, sólo ilusionada por su triunfo, y de allí pasó en seguida al rancho en busca de albergue para sus aves. Cuando la abuela quiso reñirla, ella le enseñó sus prisioneras, bien aseguradas ya, hacién-



dole notar que dos de ellas, juntas y alegres, parecían no extrañar el cambio, mientras la otra, metida en su escondrijo, gorjeaba triste un doloroso canto. La aflicción de esta abandonada avecilla se comunicó aquella noche a la locuela de Yontá, que se acostó preocupada, pareciéndole escuchar en sueños acentos apesarados de la solitaria prisionera; a tal extremo, que se levantó más de madrugada que otros días, con la intención de darle libertad, para que fuera en busca de su compañero, que de seguro lo tendría, pues siempre volaban en parejas. Cuando fué a cumplir este noble impulso de caridad, un hondo pesar, el primero tal vez de su vida, atribuló su alma... ¡Entumida yacía la infeliz tortolilla en un oscuro rincón, mientras la otra pareja, llena de vida, se acariciaba dichosa!

Con el ave muerta en su seno, queriéndole dar calor con su vida, halló el sol aquella mañana a Yontá, arrasada en lágrimas. Jamás había imaginado lo dulce de una caricia, ni el sufrimiento de la ausencia o la soledad. Así fué como esta dura prueba despertó los sentimientos de afección y cariño que dormían aún en su joven ser. Dió libertad a las tórtolas, que huyeron dichosas, pero dejando un vacío en su alma de niña. Suspiró por desconocido compañero, y desde ese momento le esperó con ansia, deseando su presencia antes que el frío de la noche marchitara su vida.

Al poco tiempo de esta sencilla observación, que hizo tornar a Yontá en mujer soñadora, los habitantes de Yuk-Bugur se agitaban officiosos, pensando en trocar su red por el arma guerrera. Leales a sus ritos, no permitían a extraños pisar su suelo, y creíanse amenazados por la presencia de una piragua de exótica estructura, que apareció una mañana en el horizonte hacia el Norte, haciéndoles temer un atrevido enemigo.

Tauma organizó el improvisado ejército, y mandó a mujeres y niños a lejanos rancheríos. Todos los indios acudieron al llamamiento y se alistaron: parecía una legión de agigantadas formas, este puñado de hombres de alta estatura, armados de escudos de piel de danta, con raras hachas al cinto y arcos y flechas en mano, apostados en la playa, esperando que la embarcación enemiga estuviese al alcance de sus armas. Y como nota simpática, confundida entre este imponente conjunto, y al lado de Tauma, Yontá, en garbosa postura, satisfecha y orgullosa, engrosaba la lista de guerreros. Atraída por la novedad y temeraria en sus resoluciones, consiguió permiso de su viejo amigo de no huir con las de su sexo, sino quedarse, entrar en la ansiada pelea y portarse valerosa.

Con viento favorable venía la piragua, deslizándose silenciosa. A pesar de su gran tamaño y proximidad, aun no estaban a la vista sus tripulantes, haciendo suponer ésta una medida estra-



tégica para atacar a última hora y desde sus escondites.

Trabajo le costaba a Tauma detener el ímpetu de sus subordinados, y por fin, y antes de tiempo, con motivo de un prematuro disparo de flecha de un impaciente mozalbete, dió la voz de ataque, y una lluvia de saetas salpicó el agua unas brazadas delante de la embarcación, cuyo ruido, no igualado a ningún otro, atrajo la atención de dos tripulantes desarmados que se levantaron de pronto, haciendo virar uno la piragua, mientras el otro sacó con rapidez una blanca tela en forma de gallardete o bandera, y con actividad la hizo flamear en señal significativa de paz. Los de tierra, extrañados, comprendieron que no tenían ante ellos enemigo alguno, y Tauma, experto en peripecias guerreras, se hizo cargo de la situación, dando orden con voz atronadora de no disparar más; pero su mandato llegó tarde para la inquieta Yontá, la cual, contrariada de no haber podido atacar al enemigo, desobedeció la orden, midió bien la distancia y dejó ir su dardo, que acertó a herir el brazo izquierdo del hombre de la bandera de paz, quien se retorció de dolor. El furor de Tauma fué tal que, sin saber a quien reconvenir, increpó duramente al grupo. Yontá, toda confusa, dió un paso adelante y se declaró única responsable del acto.

—¿Fuiste tú?—le gritó alarmado.—Pues serás igualmente castigada. Ahora—dirigiéndose

al grupo:—listos, y ayudar al desembarque; no son nuestros enemigos.

Todos tiraron al suelo sus armas en señal de paz, y viendo la barca muy cercana, la ayudaron a que arribase. De ella bajaron a tierra sus únicos tripulantes, dos hombres de airosa figura, delgados, de color más claro que los indígenas, pero siempre morenos, de ojos muy negros, dientes muy blancos y semblante franco. El más joven, que parecía el Jefe, se adelantó y saludó respetuoso; dijo llamarse Lispo, señaló al compañero como su hermano, aseguró que no eran guerreros, sino pacíficos pescadores que buscaban la hospitalidad de un pueblo dócil que les diera puerto seguro para su piragua, y ellos, en cambio, les enseñarían mucho de lo que aun no sabían los hermosos habitantes de un paraje tan privilegiado. Su figura atrayente encantó al grupo; su palabra suave los sugestionó, y al ver que su brazo izquierdo manaba sangre producida por la herida de la flecha de Yontá, un murmullo desaprobatorio para la india, y compasivo hacia él, se levantó de los guerreros que contestaron al saludo y pidieron excusas por la herida, prometiendo para el desobediente insurrecto un grave castigo. Le admiraron aún más, cuando, confundido entre ellos, les manifestó que no quería castigo para el fogoso compañero, sino conocerlo para asegurarle que no le guardaba rencor. Un rato después, Tauma hizo traer a la fuerza una hermosa india que se resistía, en cuyos ojos cen-



telleaba la rabia, y cuyo semblante descompuesto denotaba contrariedad. Lispo la miró compasivo, fijó en ella su penetrante mirada y la dijo:

—Arisca y valiente torcaz, yo no te guardo rencor; eres fácil de domar y serás mi hermana; pero quiero que esa mano que me hirió, cure mi herida. ¿Cómo te llamas?

—Yontá,—respondió tímidamente.

—No tardes, Yontá, que se acerca la noche.

¡Qué mirada de agradecimiento lanzó la india a su extraordinario interlocutor!

¡Parecía el mudo lenguaje del animal domesticado, cuando el amo satisface su hambre atrasada! Zumbaron sus oídos, nublóse su vista, y se creyó en un sueño imposible de realizar. ¿Era verdad tanta abnegación? ¿O sería la frase engañosa, parecida a la de las olas cuando la llamaban dulcemente a su fondo, para luego vengarse queriéndola atraer al monstruo de negra aleta, para que la devorase? Pasó un instante de silencio, en que ella miró de nuevo a Lispo para entonces no dudar, pues sus ojos estaban húmedos, su semblante era sincero, no había que temer. No le respondió una palabra; no le dió ni las gracias; se desprendió impetuosa del grupo, le volvió la espalda y entró presurosa tierra adentro, caminando hacia el bosque. Un solo pensamiento ocupaba su mente: curarlo. Un solo propósito la guiaba: hallar la hierba milagrosa que sanaba las heridas para traérsela al hermoso Lispo. Y encontró la deseada panacea en un verde

campo, a orillas de un arroyo, casi oculta por tupidos arbustos de aromáticas flores. Se volvió por el mismo sendero trayendo su tesoro; pero encontró desierta la playa, y las sombras del crepúsculo nublando el panorama.

Siguió de prisa al poblado, y junto a Tauma encontró al que buscaba, quien sonrió complacido y se dejó curar. Ella mordió las frescas hierbas con sus agudos dientes y las aplicó a la herida, ligándola con corteza medicinal. Muy entrada la noche regresó satisfecha a su hogar, y estuvo expansiva con la abuela; pero no concilió el sueño. Divagó su fantasía por mundos ideales, y hasta el amanecer no reposó tranquila.

¡Qué mágico encanto esparce en el alma virgen el naciente y puro amor, cuando despunta en la alborada de la vida!

Para Yontá fué una verdadera iluminación el brote espontáneo de este sentimiento, y vibró su ser al calor de nueva energía, que la impulsó a pensar en un hombre que el día anterior era para ella un completo extraño.

El rasgo bondadoso de Lispo la conmovió, juzgándolo un ser diferente de los que hasta entonces había tratado. Una vez hecha la separación le dedicó toda su vida, creyéndolo aquel desconocido, pero ansiado compañero, por quien hacía días venía suspirando. Presintió con cierta timidez que debía guardar oculto este sentimiento, y obrando en contra de su carácter comunicativo, se volvió silenciosa y tuvo reserva hasta





P. BAIXENCH. Grab<sup>t</sup>

F. Poedane

... y las aplicó a la herida, ligándola con corteza medicinal.

para Jarib. Pasaron los días sin que ella volviese a ver ni a Lispo ni a Tauma. Huía de ellos por dos razones diferentes: tenía vergüenza de mirar de frente al primero, pues temía que no hubiese sanado aún de su herida, y le apenaba haber desobedecido al segundo.

La abuela sí buscó la oportunidad de conocer a los forasteros, y trajo de ellos buenas noticias a su nieta, instándola a ir a verlos. Negóse la niña y dejó que el tiempo pasara.

Muy pronto aceptó aquella gente, no sólo los sanos consejos de Lispo y su hermano, sino sus hábitos y costumbres, mostrando interés en sus nuevas enseñanzas. De la piragua, que parecía un arca milagrosa, extraían a diario preciados tesoros en forma de objetos de arte, de industria, o de uso común, que daban a conocer al niño o al viejo con igual franqueza, ganándose la completa confianza y simpatía de todos, hasta llegar a ser uno con ellos.

Sólo Yontá, la más interesada en el hermoso extranjero, se mantuvo de lejos, esquivando verle, hasta que él resolvió ir a buscar una mañana al pobre rancho de Jarib.

—Yontá, mi arisca torcaz, ¿en dónde vives?

Así saludó a su amiga, y con suave voz la reconvinó por no haber venido a cambiar el vendaje de su herida y preguntar por él, con cuya determinación habría podido observar que las hierbas medicinales y el tiempo todo lo curan, pues su brazo estaba ya sano y fuerte. Cada pa-



labra de Lispo parecióle dulce melodía, deleitando el oído su persuasivo lenguaje; le ofreció con timidez su casa y sus servicios, aceptando por fin aquel nombre de hermana que al conocerla él le había prodigado.

Días dichosos siguieron a éste, en los que se sintió consolada por mano protectora: no dejó el forastero pasar uno solo sin dirigirse a su hogar, donde en íntimo coloquio pasaba las horas, narrando episodios de sus viajes, o describiendo las raras costumbres y creencias de su país natal.

En cierta tarde calurosa condujo a Yontá a la playa, y con ella tomó asiento sobre un tronco nudoso y retorcido, de los que arroja el mar; señaló a Occidente, donde el magnífico celaje ocultaba ya a su rey entre jirones de fuego y oro, y así le habló con suave acento, revelándole lo que a ningún otro mortal de Yuk-Bugur:

—Hermana: ¿adoras tú al sol, como las gentes de esta tierra, y no has pensado de dónde procede el inmenso fulgor de sus rayos? ¿Has imaginado qué fuerza es la que mueve las olas, quién enseña a la gaviota a fabricar su nido, o quién te ha dado el ser?

Viendo que nada contestaba le preguntó nuevamente:

—¿Qué ofrenda llevas tú al templo del dios sol y cómo le alabas?

—Lispo, Lispo—gimió—yo no sé orar; jamás he mezclado mi voz a las plegarias populares, y por eso me miran de reojo. Pero Tauma



quiero que esa mano que me hirió, cure mi herida.



me ha enseñado que tras este sol brilla otro más radiante, y cuando recorro la campiña desde el amanecer hasta la noche, lo busco mucho sin hallarle; mi deseo de percibir su luz es vehemente, pues debe penetrar la espesura alumbrando caminos ocultos, que conducen a las cumbres, donde jamás he llegado.

—Así debías ser, torcaz, y no en vano te elegí entre muchas. Escúchame, pero sella tus labios. —Allá,—señalando a Oriente—en donde nace el sol, está mi Patria. He cruzado mares luchando con el frío de las nieves, todo por venir a instruirte en la Verdad, que custodiarás como tesoro oculto, para enriquecer en su día a los hijos de este suelo. ¿Ves en la distancia aquella roca golpeada por el mar? Pasan las edades y siempre está azotada por las ondas, sin que tiemblen sus cimientos... Así tú, sé fuerte; y el mar, que es la vida, y la ola, los humanos, no falsearán tu base pura y enérgica... No te agites; mantente serena y vuelve tu mirada hacia la Divina Esencia en el Santuario de tu alma, donde todo vive ordenado y sujeto a leyes eternas.

Enseñanzas por el estilo fueron sucediéndose unas a las otras, y Yontá las recibía con regocijo y calma. Pero Lispo no escogió como tema el amor terreno, ni su tono fué apasionado: no. Siguió revelando esas eternas e imperecederas verdades, que a través de los siglos han enseñado en diferentes épocas seres superiores, sobre el universo, la naturaleza, el hombre, y el Espíritu

Uno, que todo lo anima. Le habló del destino, cuya ley evolutiva es ineludible, y de cómo cada hombre es hoy día el resultado de lo que fué ayer... En fin, en el entusiasmo de su apostolado, le confió que era ella la escogida para dar la voz de alerta a la ciega muchedumbre.

Admirada escuchó siempre la india estas, para ella, casi incomprensibles enseñanzas, las cuales hacían aparecer a Lispo, al ir las exponiendo, envuelto en luz desconocida; pero la impetuosa naturaleza de la joven no le permitió penetrar aún su grandioso significado, atrayéndole más la bella forma de su compañero, y ansiando su cariño para absorber mejor sus lecciones.

Transparente como es el pensamiento humano para los que han avanzado en el Sendero, le fué posible a Lispo contemplar, como en un espejo, las vehemencias de Yontá; comprendió que el manantial del cual brotaban, no estaba aún purificado, ni, por lo tanto, lista su alma para aceptar la Verdad, y se alejó de su lado sin amarguras ni rencores, con esa indulgencia de los buenos que no han perdido la esperanza, sino que aguardan pacientes la ocasión para volver cuando despierte la mente de su profundo letargo.

Antes de desaparecer le dijo:—El tiempo malo se aproxima, Yontá; vé a tu morada; atranca sus puertas, viste blanca túnica y domina los sentidos.